LA PROTESTA

Porte pago SUPLEMENTO QUINCENAL

AÑO 9 « MAYO 30 DE 1930 « NUMERO 327

328

Elíseo Reclus

El contacto con las grandes figuras del pensamiento y de la acción enriquece el haber mental de los hombres...

PERO cuando se trata de una vida tan noble y fecunda como la de **Elíseo Reclus**, no sólo se enriquece el cerebro en su contacto o en contacto con sus libros, sino que se ennoblece el corazón y se ilumina la conciencia.

MAX NETTLAU

el sabio historiador anarquista, el pensador amplio y generoso, ha descrito con especial cariño la vida, la obra y la influencia de Reclus. No conocer su libro es ignorar vastísimos horizontes y cerrar los ojos a las delicias de una lectura educativa y utilísima.

La Vida de un Sabio Justo y Rebelde

2 TOMOS
300 PAGINAS
cada uno
$ 3.00

EDITORIAL "LA PROTESTA"
Perú 1537 - U.T. 23, B. Orden 0478 - Buenos Aires

DEDICADO A LA DISCUSION Y AL ESTUDIO DE PROBLEMAS ANARQUISTAS

PRECIO 0.20 CENTAVOS el ejemplar

LA PROTESTA
DIARIO DE LA MAÑANA
SUPLEMENTO QUINCENAL
Aparece los 15 y 30 de cada mes

REDACCION y administr.: PERU 1537 :: Buenos Aires

BUENOS AIRES MCMXXX * * AÑO IX — NUMERO CCCXXVIII

"ANARQUISTAS Y SOCIALISTAS REVOLUCIONARIOS"

Noticias sobre mi manuscrito inédito relativo a la historia de las ideas anarquistas desde 1880 a 1886.

I

Habiendo terminado en abril de 1930 el manuscrito de una nueva parte de mi historia de las ideas anarquistas, quisiera dar aquí algunas noticias, puesto que ese volumen alemán, que podría intitularse *Anarchisten und Sozialrevolutionäre. Die Entwicklung der anarchistischen Ideen von* 1880 *bis* 1886 no tiene hasta aquí ninguna perspectiva de ser publicado. Sería un libro de las dimensiones de mi biografía de Eliseo Reclus, y con la de Malatesta, con el volumen "De Proudhon a Kropotkin" sobre los años desde 1858 a 1880 del desenvolvimiento internacional de las ideas y con el de los precursores y los movimientos restringidos y aislados hasta 1860, con todo eso pues y las dos biografías de Bakunin, la antigua (1898 - 1900) y la reciente 1923 - 25) que queda inédita, el terreno entero hasta 1886 es cubierto y respecto de Reclus y Malatesta personalmente aun hasta 1905 y 1922, respectivamente, — salvo lo que en correcciones y adiciones habría que agregar todavía a esos trabajos.

Podría aún, si no tuviese otro trabajo que hacer continuamente, comenzar a elaborar los materiales preparados para un próximo volumen histórico, sobre los años desde 1886 a 1894. Los materiales para España de ese trabajo están ya discutidos en un resumen especial sobre España, de 1868 a 1889 (Internacional, Alianza y Federación Regional), que se agregará a las dos publicaciones sobre los años de 1868 a 1874 en España, editadas por LA PROTESTA.

Para después de 1894 no hay todavía nada preparado; los años de 1895, cuando el sindicalismo entra en escena en Francia, a 1914, la víspera de la guerra, serán todavía asunto de un volumen, pero dudo que pueda jamás hacerlo. Sin embargo, para el período hasta 1894 comienzo a ver mi camino.

Mi impresión general es en este momento, más que nunca, que la anarquía es una idea gloriosa a realizarse, pero a costa de un gran esfuerzo, no con esa espontaneidad absoluta que se complace uno en atribuir a su advenimiento. No es una idea artificial, no; es el camino más directo y el más puro del progreso humano, pero ese camino, antes de volverse directo, tiene que ser desbrozado de una acumulación enorme de obstáculos y de obstrucciones seculares. La humanidad se ha arrastrado de tal modo para tomar esa vía, se ha enmarañado de tal manera en las vías falsas y se obstina y penetra en ellas cada vez más, que hace falta algo más que el libre juego de las espontaneidades para sacarla de ahí.

En las épocas más que prehistóricas hubo así ciertos animales antepasados comunes de los pájaros y de los reptiles que son tan parientes: de esos animales unos, por una combinación de condiciones favorables, de energía personal y de necesidades que ignoramos, han perfeccionado los rudimentos de alas y se han convertido gradualmente en la raza alegre, alerta, libre, de los pájaros, los verdaderos anarquistas del globo, — y la otra sección no ha podido o querido hacer esos esfuerzos y ha permanecido la raza menos simpática, la de los reptiles que se arrastran, que se deslizan, de los cuales los mayores se han extinguido ya como no viables, los saurios gigantescos, y otros, de los más pequeños solamente, algunos lagartos verdes, ágiles, tienen un poco de esa vivacidad encantadora y móvil de los pájaros que, por lo demás, también ellos se han diferenciado enormemente.

La humanidad, y probablemente todo organismo posee también estas dos posibilidades de desenvolvimiento, en una raza inerte y una raza alerta intelectualmente, de las cuales la una vegeta a la sombra de la autoridad y la otra se esfuerza por avanzar hacia el sol de la libertad. La anarquía, sueño supremo primeramente de algunos de estos últimos, no podía y no puede, sin gran esfuerzo, generalizarse, lo mismo que la autoridad no ha podido y no puede ni podrá domeñar y borrar las aspiraciones de los hombres a disposiciones libres. Del reptil más pesado que se arrastra, al pájaro que revolotea más ligero, se extiende la diferenciación de esa gran raza animal, y no nos costaría mucho verificar que existen diferenciaciones de mentalidad tan grandes entre los hombres, que cada uno de nosotros conoce.

Si la igualdad del punto de partida, el objetivo social más próximo a realizar, existiera para todos, o de lo contrario si una libertad ilimitada pudiera ser improvisada desde este momento, los resultados serían todavía muy diferentes a causa del peso del pasado que obra, en grados diversos, por cada uno. Sólo el esfuerzo propio incesante y bien dirigido sobre nosotros mismos y sobre aquellos a quienes sabemos dar un apoyo o un impulso, pueden mejorar nuestras disposiciones, debilitar el peso del pasado y hacernos capaces de obrar para adelantar el advenimiento del progreso.

La historia de la anarquía me parece demostrar las dificultades de que hablo: fué quizás fácil que su idea haya tomado origen en algunos de los espíritus mejor dispuestos, fué fácil también que haya cautivado, fascinado una "élite" restringida, pero al contacto con las masas y los ambientes menos preparados, menos dispuestos, ha chocado con dificultades insuperables algunas veces, otras ha sufrido deformaciones, desviaciones, restricciones, aplanamientos, en una palabra, todo lo que falta de perfección en ellas es el resultado de su entrada en hombres y en ambientes no dispuestos o menos dispuestos, no preparados o menos preparados, defectuosos en uno u otro aspecto.

Pienso que bajo la influencia del sentimiento igualitario, muy equitativo en sí mismo, pero que no basta siempre para zanjar cuestiones delicadas, se han puesto al mismo nivel las concepciones verdaderas y las concepciones elaboradas un poco demasiado sumariamente, y estas últimas, fácilmente mayoritarias, han obtenido incluso la supremacía. Todo esto estaría bien si las cuestiones de este género fueran

resueltas en su esencia misma por tales mayorizaciones igualitarias. Pero no es así y no se pueden respetar ya tales mayorías en las filas anarquistas, como no respetamos el hecho innegable que los ciudadanos de cada Estado de hoy en su mayoría son probablemente indiferentes y de sentimientos muy burgueses, ni el hecho que de los ciudadanos avanzados la mayoría es probablemente reformista y socialista autoritaria. La mayoría está siempre contra la causa avanzada o bien esa causa está ya realizada y no tiene necesidad de luchar. Esto no quiere decir que toda minoría tenga razón en principio, sino sólo que entre nosotros también la concepción de la mayoría queda sujeta a examen constante y no debe imponerse.

Entre los pensadores más o menos aislados la anarquía en idea ha podido desarrollarse con el mínimo contacto con las realidades. En la Internacional de 1864 tales pensadores han entrado y hallaron allí la "élite" de los trabajadores de esos años, buen número de jóvenes entusiastas de todas las esferas sociales, hombres experimentados de las escuelas socialistas y de las revoluciones europeas, en una palabra, un ambiente en el cual, al lado de hombres ambiciosos, etcétera, que encontraron allí un pedestal para sus ambiciones políticas, personales, y al lado sin duda de hombres de facultades menores que un azar había hecho entrar, estaba lo mejor de lo que el socialismo y la revolución habían influenciado. Sin embargo, una gran parte de esos hombres ha quedado con los autoritarios, pero muchos otros han aceptado francamente entonces, desde 1868 a 1870 sobre todo, las ideas anárquico-colectivistas y han dado a la anarquía un esfuerzo continuo, en un cuadro organizador que se volvió bien pronto pequeño, pero sin vaciarse jamás del todo, durante los años hasta 1879 o 1880, aproximadamente.

Hubo de igual modo ciertas regiones más o menos favorecidas cuyos trabajadores han formado las secciones más asiduamente adherentes a esas ideas, — los relojeros que trabajaban a domicilio, independientes e inteligentes de las pequeñas localidades de las montañas del Jura suizo, los artesanos de las ciudades de la Romagna, absorbidos en las tres cuartas partes del siglo en conspiraciones y revueltas, los trabajadores catalanes impregnados de federalismo y de espíritu asociacionista, los labradores andaluces penetrados de reclamaciones sociales equitativas y del deseo de rebelión. En Bélgica los trabajadores estaban ya infinitamente menos preparados, y un núcleo de intelectuales en Bruselas y en Lieja, y un núcleo obrero revolucionario en Verviers eran la única base duradera, al menos para una parte de ese período, pero carcomida progresivamente por la inclinación hacia la política y las reformas inmediatas. En Francia una verdadera propaganda no ha podido hacerse hasta 1870, y menos todavía después de la guerra, y las simpatías de Varlin, de Reclus y de muy pocos más, no reemplazaban una enseñanza pública de la idea que no ha podido hacerse en esos períodos de agitación revolucionaria inmediata que alternaba con represiones feroces y la discusión pública sofocada. Aparte de esas regiones había todavía algunos rusos de buena voluntad sin límites y de capacidad de trabajo enorme, desde Bakunin a Kropotkin, y muy pocos más.

Se puede decir, pues, que la anarquía desde su aislamiento ha entrado primero en un ambiente de los mejor dispuestos, y ha conquistado una posición durable entre hombres y poblaciones obreras en un pequeño número de distritos, notables por federalismo, actividades revolucionarias, asociacionismo, inteligencia e independencia relativas, o gran miseria soportada con indignación creciente (Andalucía, Verviers) de las poblaciones obreras. Con eso algunos militantes de los más notables por inteligencia, experiencia, energía, entusiasmo, — de los Bakunin, James Guillaume, Cafiero, Malatesta, Farga Pellicer, Reclus, Kropotkin, y tantos otros.

La lucha contra el socialismo autoritario había cimentado además la solidaridad, descartando a los ambiciosos, agudizando los espíritus. Fué hasta 1880 aproximadamente un ambiente que no crecía, cuyos cuadros orgánicos estuvieron muy poco llenos, cuyas tentativas de acción en Italia, en España, no habían tenido éxito, pero que no cejaba, que enarbolaba altamente las ideas, donde en los años más sombríos después de Bakunin existía un Guillaume, después de éste un Kropotkin, para ser el espíritu animador, imperturbable, haciendo frente a todas las dificultades.

¿No había más anarquistas entonces en Europa que aquellos de que uno se puede dar cuenta por los materiales conservados y que se localizan en Suiza, en Italia, en España, en Bélgica y, salvo los desterrados o emigrados dispersos, raramente en otras partes? No es imposible si se considera en qué grado se ha podido explorar ya los impresos y una cantidad de documentos socialistas de esos años de 1870 a 1880, y no se puede uno asombrar de ello, puesto que, yendo de diez en diez años hacia atrás, se llega pronto al tiempo en que casi nadie, salvo algunos aislados, han profesado esta idea.

En esta década de años el *comunismo anarquista* tuvo un doble origen — primero en 1876, cuando Dumartheray y los anarquistas lyoneses, después Eliseo Reclus, del cual fué la convicción íntima desde su juventud, luego los internacionalistas italianos en el otoño lo profesan, — después en octubre de 1880 cuando Kropotkin lo propone al congreso jurasiano y Reclus y Cafiero, los hombres de 1876, lo apoyan. En 1876, Dumartheray y Reclus han obrado por sentimiento personal: deseando expresar la libertad sin trabas, la solidaridad de confianza absoluta, han rechazado los cálculos que la constatación del valor del producto integral del trabajo que cada uno exigiría. Los italianos han tenido por punto de partida las proposiciones de Guillaume, de que el comunismo podría reemplazar el producto integral en la medida en que para cada artículo hubiese una abundancia que hiciera inútiles y ociosas las cuentas; impetuosos y convencidos del progreso rápido, han creído que se pasaría de inmediato al comunismo del consumo y al trabajo voluntario en producción. Reclus tenía fe en la abundancia y Cafiero en el desenvolvimiento rápido de la productividad de las máquinas, etc., y han apoyado a Kropotkin.

En el capítulo I (sobre los orígenes del anarquismo comunista desde 1876 a 1880), se habla, por ejemplo, de una discusión con motivo del colectivismo y del comunismo en el congreso de Verviers, y de un relato de Kropotkin sobre su acción en 1880 — documentos ya discutidos en el *Suplemento*, 6 de mayo de 1929; v. también el 26 de septiembre de 1928, — y quedó siempre ante el hecho que los comunistas de 1876 no han hecho nada para que fuese aceptada generalmente su concepción, mientras que desde 1880 se consideró eso de primera necesidad y el colectivismo pasó por atrasado y por un obstáculo.

Eso se debió — como resulta del capítulo II (Kropotkin, de octubre de 1880 a diciembre de 1882, examen de sus escritos de esos dos años en su sucesión cronológica que presenta el "Revolté", no en el orden artificial de las "Palabras de un rebelde") — a la

convicción profunda de Kropotkin entonces que era inminente una revolución social en Francia, que la Comuna sería renovada en todas partes y que era de importancia vital satisfacer las necesidades del pueblo inmediatamente, que todo arreglo que implicase cuentas, medidas, sería la ruina de la revolución, etc. El problema está en pie, si ese comunismo de la primera hora, que ni Bakunin ni los colectivistas españoles han rechazado, podrá continuar o si, cuando la abundancia de las acumulaciones se agote, la producción exigirá una organización más esmerada y la distribución de los artículos que no existen en abundancia absoluta igualmente — o bien no.

¿Dónde se estaba, pues, en Francia después del despertar incontestable del abatimiento general que siguió al aplastamiento de la Comuna de 1871, período llenado primero por una concentración y una radicalización de los republicanos aliados contra el monarquismo y el clericalismo, que tomó la hegemonía irresistiblemente a partir de 1876? Teniendo necesidad del pueblo, tan martirizado después de la Comuna, la burguesía, de Gambetta a Clemenceau, no se opuso demasiado a un renacimiento de aspiraciones sociales organizadas, puesto que, como bajo el imperio, la asociación de las fuerzas opositoras le era deseable y necesaria. Así, todos los matices socialistas resurgían a la vida y se organizaban desde 1876 a 1880. En esas condiciones Paul Brousse sobre todo se puso a reorganizar la Internacional anarquista en Francia, en 1877-78. Esto se cuenta en el capítulo III, con la sucesión de las actividades de Brousse, que en una carta a un camarada íntimo expuso por qué se unía a los socialistas autoritarios, aun conservando sus ideas comunistas anarquistas — falsa posición ilusoria que abandonó bien pronto por el posibilismo sin frase, matiz que degeneró cada vez más y cayó muy bajo, pero que fué sin embargo uno de los factores que impidieron una victoria completa del marxismo en Francia, un socialismo *único* que, cuando puede, como en Rusia, aplasta todos los demás socialismos. Después de Brousse, fué Jaurés el que circunscribió el paso al panmarxismo.

Hubo, a partir de 1880, cuando las libertades políticas fueron restablecidas y los comunalistas amnistiados volvieron, ruptura entre los republicanos burgueses y los socialistas, y hubo también ruptura de la sociabilidad relativa entre los diversos matices socialistas y anarquistas que había existido en los años de lucha común contra la reacción. No había nada de lo que Kropotkin esperaba en revuelta popular. Todo se agotaba en palabras, y si los socialistas se ejercitaban en la retórica que debía conducirlos al Concejo municipal y a la Cámara, casi por un impulso semejante, el goce de la palabra libre después del largo silencio, los anarquistas se abandonan a la oratoria de las grandes reuniones y las ideas toman en esas arengas apasionadas inevitablemente las formas más iluminadas y vagas — toda opinión un poco reflexionada y menos afirmativa, sería moderada, reaccionaria, pedantesca. El primer grupo, el de la rue Pascal, donde estaba ya Grave, pero también Malatesta, Cafiero, Tcherkesof, ensayó una propaganda semejante a la de los grupos de la Internacional hasta entonces, pero ese anarquismo reflexivo fué desbordado por el anarquismo de retórica suprema del grupo del Panteón y otros donde el anarquismo y blanquismo se avecinaban todavía, y rivalizó en declaraciones intransigentes y perentorias. En los congresos socialistas en 1880 y 1881, la anarquía fué representada por buenos camaradas que hicieron lo mejor que pudieron y la llevaron hasta el Mediodía, desde Marseille a Cétte y crearon una organización independiente en la región de Lyon, pero quedan una pequeña minoría en el Congreso general y en el de París. Todo esto es esbozado en el capítulo IV, y además la actividad impresionante de Luisa Michel entonces.

La Internacional italiana, probada en tantas persecuciones a partir de 1877, recibió un golpe en la espalda por la defección de Andrea Costa, en 1879, cuyas peripecias penosas son contadas en el capítulo V.

En cambio fué un placer resumir el desenvolvimiento de la Internacional en España desde fines de 1868, sus años de vida subterránea desde 1874 a 1881 y su vuelta a la luz del día en 1881 como Federación de Trabajadores de la Región Española. En efecto, ese liberalismo burgués y moderado, sin duda, pero que fué sin embargo un alivio entonces en tres grandes países, Inglaterra (Gladstone, después de los tories), Francia (Gambetta, después de los conservadores, monárquicos y clericales), España (el fusionismo de Sagasta, después de la caída de Cánovas del Castillo), esos cambios de 1880 han destruído entonces las espectativas revolucionarias que los régimenes conservadores habían podido crear, al menos en Francia y en España.

En realidad, pienso, esas espectativas no tenían una base social, y la revuelta agraria creciente en Irlanda y en Andalucía, fueron situaciones locales que no repercutían sobre Londres y sobre Barcelona. De igual modo la lucha terrorista de los nihilistas en Rusia atacó la imaginación de los revolucionarios de occidente, pero no hizo obrar al pueblo de las grandes ciudades que, en tanto que era accesible a la política, se puso contento de volver a la palabra, a la prensa libre, disfrutando del artículo cotidiano de Rochefort, oyendo hablar con curiosidad, a Luisa Michel de tan bello renombre pero sin pensar realmente, menos que nunca, en rebelarse.

Después de este capítulo español (VI) siguen dos capítulos alemanes (VII, VIII) que describen las ideas anarquistas en los territorios de lengua alemana bastante lejos hácia atrás, en el tiempo mismo en que Marx no era marxista todavía, sino que sacaba su primer interés de crítica social en el mismo ambiente donde se desarrollan los hermanos Bauer y Max Stirner, ambiente bien conocido también de Engels. Discuten ese juego frecuente de Marx y Engels con el Estado que desaparecería, solo que antes de llegar a ello tendría que pasar por la dictadura, el Estado intensificado, lo que es poco lógico, pero muy ingenioso. El marxismo en Alemania tuvo orígenes bastantes penosos; después de Lassalle, a quien Marx desestimaba en el grado inaudito que revelan ahora esas cartas íntimas, Eugen Duehring fué un gran obstáculo al marxismo. Duehring fué más influenciado de lo que se cree por las ideas de la Internacional antiautoritaria y su sistema en su altura es por decirlo así el colectivismo anarquista profesorizado y revolucionado. El verdadero anarquismo de la Federación jurasiana entró primero en la sociedad obrera suiza-alemana de Berna, Suiza, de la que conozco las actas, con ayuda de Brousse, de Kropotkin, en 1876-77 y de allí parte la propaganda hacia las grandes ciudades alemanas. En suelo es preparado allí por las simpatías hacia Duehring y las pocas simpatías hacia Marx y Engels después de sus manejos en la Internacional. Pero todo es detenido por la represión de la propaganda abierta después de los atentados de 1878. Entonces la palabra es de la ira y su portavoz es Most, siempre frondoso, mal visto por el partido; uno de sus escritos de 1876, examinado de cerca, representa esa mezcolanza de las mejores partes del socialismo de Marx y de Duehring, de Luis Blanc y de Lasalle que remolineaban en la cabeza de Most. También en 1879, 1880, 1881 hasta su detención en Londres, en la primavera, Most no fué de ningún modo anarquista. Fué un socialista revolucionario de los más ecleticos y que entonces apenas se preocupa de las ideas, deseando que se obrase, y como no se hicieron rebeliones abiertas, fomentó la organización y las maquinaciones secretas. Al lado de eso la propaganda de las ideas anarquistas fué mínima y los hombres activos se ensayan en el terrorismo. Sin embargo poco a poco esos social-revolucionarios, que es el nombre que les corresponde propiamente, son llamados anarquistas e incluso se creen anarquistas y comienzan a creer que lo que ellos dicen, es la anarquía y esa fué una de las grandes fuentes de una desviación que se puede llamar también una adulteración de la anarquía.

De Most parte la idea de un congreso internacional revolucionario en Londres (1881), idea que es sostenida primeramente en Bélgica, por el blanquista Chauviére; pronto *La révolución sociale* (París) ese órgano de que el prefecto de policía Andrieux había hecho posible la fundación por uno de sus agentes provocadores que se entrometió entre los anarquistas parisienses e hizo pasar los fondos necesarios, bien pronto ese órgano, — escrito por anarquistas de buena fe — se interesó vivamente por el congreso y el agente Serreaux se puso al habla con Most en Londres en el otoño de 1880.

Prosigo la descripción de la Internacional después de su último congreso en 1877 y trazo sus últimas manifestaciones (cap. IX), después cuento los preparativos del congreso de Londres, a partir de junio de 1881, y gracias a los documentos conservados que debo a uno de nuestros más viejos camaradas, puedo establecer los nombres y a menudo reproducir las credenciales, etc., de todos los 44 delegados cuya mayor parte era desconocida hasta aquí, pues los nombres no fueron publicados (cap.X). De ese congreso ha salido esa organización que llevaba el nombre de Asociación Internacional de los Trabajadores, pero que fué de una estructura tan tenue que no se ha materializado nunca. Se quería una Internacional y no se quería. Había allí hombres como Malatesta que la querían y había hombres que se creían mucho más avanzados que él, pero que tenían un miedo azul al más mínimo organismo práctico que se ocupase de los asuntos de esa Internacional. Entonces crean un comité de informaciones que no debe hacer nada, para no oprimir a nadie, y al cual nadie se dirige, para no derogar su autonomía, y eso fué todo — es decir nada, pero fué justamente algo en apariencia muy peligroso, que llegó en sus consecuencias a encarcelar en Lyon, durante años, a Kropotkin y a los militantes del sudeste y a Emile Gautier, a encarcelar, después a echar al destierro por largos años a Malatesta y a Merlino en Italia, a sembrar, por una de sus resoluciones, la confusión en las filas de los anarquistas en España, a encarcelar a otros en otras partes. Ese congreso puso de relieve a los social-revolucionarios, a los antiorganizadores, a los consejeros del estudio de las ciencias técnicas y químicas y creó en buen número de camaradas la impresión errónea de que todo eso era la esencia de la anarquía, esos medios de acción obligatorios y únicos. Sobre todo eso habría mucho que decir en base a los materiales del capítulo XI, que permiten poner la mano sobre los orígenes de desenvolvimiento y concepciones que nos ocupan todavía.

Se ve que han sido precisos así once largos capítulos para llegar a julio de 1881, pero como las partes sobre los años 1876 a 1880 del volumen *Von Proudhon zu Kropotkin* han seguido sobre todo los desarrollos en la Federación jurasiana y de Kropotkin, era preciso llenar esas lagunas para unir bien los dos volumenes.

Max NETTLAU

Contra la difamación

Lioma, octubre 5 de 1905

Queridos amigos de "L'Agitazione".

Viaja por Italia, pagado por el partido socialista, el señor Adrián Patroni, que, a lo que parece, tiene la misión de atacarme por la espalda con la estúpida y débil invención de un encargo que me habría confiado el gobierno argentino para activar la corriente emigratoria a ese país.

A todos los que me conocen, a todos ellos, pertenezcan al partido que pertenezcan y que reconozcan el valor social como primera virtud en todo agitador de las multitudes, les ruego vivamente que en la primera ocasión que se presente se obligue a este farabute bribón a decir en qué lugar y cuándo — públicamente y en mi presencia — se encuentra dispuesto a probarme que yo he dado esa palabra al gobierno argentino, así como yo me encuentro en condiciones de probar aquí y allá, que él es un vulgar asalariado de conciencia y de hecho, infatigable agente de la policía de Bs. Aires en la redacción de las listas de proscripción contra los anarquistas y los extranjeros sospechosos, durante la huelga general del año pasado.

Vuestro:

Pietro GORI

Recuerdos de un militante

DE LA COMUNA AL CUARTEL

(CONCLUSION)

En cuanto se tomó la barricada, comenzaron las pesquisiciones. Eran llevadas a cabo por un sargento de línea loco de rabia y de alcohol.

En el piso superior al nuestro habitaba un albañil. Su imbécil de mujer, siguiendo el ejemplo de imbéciles más torpes que ella, había tomado el fusil de su marido y lo había llevado a los soldados que inundaban el barrio. Ahora bien, el marido se había batido hasta la víspera y su fusil estaba negro de pólvora.

Fué el sargento epiléptico el que la recibió.

—¿De quién es este fusil?

—De mi marido.

—¿Dónde está?

—En casa.

La casa fué invadida pronto. Apenas se detuvieron en los pisos inferiores. Los soldados se precipitaron en la vivienda del desgraciado que se hallaba en cama, tomando un reposo que había ganado con razón.

A los gritos del sargento se revolvió todo. Es inútil decir que fué llevado prisionero.

Durante ese tiempo, los soldados que asistían al sargento, y a quienes la tarea parecía más bien desagradable, nos dijeron a mí y a los muchachos del vecino, porque habíamos ido a asistir a la escena, nos dijeron que bajásemos las armas si las había.

Bajé el fusil de mi padre que había tenido cuidado de limpiar. El vecino, no habiéndose servido del suyo, no tuvo necesidad de tomar esa precaución. El sargento estaba de tal modo ocupado en gritar y en tener un prisionero que se olvidó de nuestro piso, yéndose con su botín.

Eran dos los prisioneros que llevaban. Una de las hijitas del albañil, viendo llevar a su padre, se puso a gritar como si la degollasen. No pudiendo consolarla, el hombre pidió que se le permitiera llevarla consigo, lo que se le concedió.

Fué conducido a Sainte Pelagie y puesto con otros prisioneros. Por la noche la guardia fué cambiada. Por despreocupación o piedad, el oficial de guardia no había dejado ninguna nota respecto a su prisionero. Como es justo, los presos fueron interrogados y nuestro hombre ignoraba porqué se le había detenido. Quizá porque no había ninguna consigna contra él, quizá por piedad hacia su hijita, fué soltado. Pudo vanagloriarse de haber escapado a una buena.

No habiendo salido del barrio en todo el tiempo que duró la agonía de la Comuna, no he visto nada de la represión. El único rastro que vi — si descarto los fusiles rotos, los montones de cartuchos en la basura y restos de uniformes de la guardia nacional incendiados — fueron fragmentos de cerebro en las piedras, en el terreno que rodeaba la iglesia de St. Nadard, del lado de la rue Consier. Un hombre había sido masacrado allí.

Bajo una piedra, encontré una camisa de soldado donde los piojos hormigueaban a millares. Su propietario había debido, en el curso de las pesquisiciones, hallar con qué reemplazarla, con pocos gastos.

Mi padre, que había dado una vuelta por la ciudad, vió cadáveres de federados amontonados ante la Escuela politécnica, en la placita donde desembocan la rue Descartes y la rue Montagne-Ste Geneviéve. Entre ellos había el cadáver de una mujer vestida de cantinera de la Guardia nacional.

Yo no he visto horrores, pero oí contar sobre ellos por testigos oculares.

El hermano de uno de mis tíos que había pertenecido a los zapadores durante el sitio y pasó a la Comuna el 16 de marzo, escapando al consejo de guerra no sé cómo, nos contó que había visto fusilar a un pobre diablo y, apenas en tierra, precipitarse uno de los fusileros sobre el cadáver para arrancarle el reloj, tomándose el trabajo de ponerlo en hora antes de aguardarlo.

Es una de las observaciones que yo había hecho: las tres cuartas partes de los soldados que se pavoneaban en las calles llevaban relojes y cadenas.

Durante la guerra, los prusianos "hacían" de péndulos; los soldados de Versalles "hacían" la cadena y el reloj.

Los fusilamientos se llevaban a cabo con y sin el menor pretexto. Un primo de mi madre, que habitaba en el barrio de la Plaisance, nos contó que un farmacéutico del barrio, versallés rabioso, habiendo ido a su encuentro en cuanto aparecieron los soldados, sin explicaciones o a pesar de sus explicaciones, fué aprehendido, colocado contra el muro y fusilado.

Otra observación que hice es que las damiselas y rufianes que habían desaparecido de la rue Mouffetard durante la Comuna, habían vuelto a tomar posesión de la calle, en mayor número que nunca, después de la tropa.

La vida se había reiniciado poco a poco, pero había algo de modificado. Apariencias más gozosas, por las noches, a la puerta de la casa. Los vecinos se encerraban en su vivienda. Un sentimiento de terror pesaba sobre la población. Se sabía que bastaba una denuncia — y llovían por millares en la prefectura de policía — para ser detenido y enviado a los Pontons.

Cinco años después los consejos de guerra funcionaban todavía, y se fusilaba en Sartory. Se detuvo y condenó hasta la amnistía, siete años después de haber terminado la lucha.

Al menos dos meses después de la toma de París, habiendo salido una noche, ví un remolino de gente ante el negocio de un comerciante de vinos que se hallaba frente a la casa. Eran gentes del ramo. Se fué a buscar la tropa. Las gentes opusieron resistencia. Uno logró escapar. El cabo que mandaba el peloton hizo hacer fuego repetidas veces sobre el fugitivo.

A causa de la hora, los transeúntes eran poco numerosos en la calle, nadie fué alcanzado, pero fué una de las tantas.

El orden reinaba en París.

Habiéndose vuelto pequeño nuestro alojamiento, nos mudamos y fuimos a vivir a la Avenue des Gobelins, en una propiedad que pertenecía al editor Roret. Se llamaba el patio des Rames. Era un inmenso patio donde se habían formado jardincitos. Una parte de las construcciones eran, parece, restos de un antiguo convento.

El año de nuestro cambio, mi madre fué atacada por el reumatismo que degeneró en tuberculosis. Murió poco después de diez y nueve meses de sufrimiento.

Para dar una idea de mi timidez, he aquí la anécdota siguiente:

Mi madre tenía una hermana muerta, que había dejado una hija. Esta sobrina nos anuncia un día que iba a casarse, y nos invitó a su boda. Mi madre estaba demasiado enferma, pero se convino que iría mi padre y me llevaría a mí como así a una de mis hermanas, la mayor.

Decir que me divertí sería contrario a la verdad. Estuve bastante a disgusto. La boda se hacía en casa de Wepler, Avenue Clichy. Yo debía tener el aspecto, y por desgracia me daba cuenta de ello, de un oso mal alimentado. Eso no hacía sino acrecentar mi malestar.

Para colmo de la dicha — simple modo de hablar — hubo baile después de la cena.

Cuando estuvo por iniciarse el baile, la madre de la joven, que había tenido la desgracia de venir a mi lado, me dijo que era preciso que hiciese danzar a mi compañera. Ante mi afirmación de que yo ignoro los primeros elementos de ese arte, me propuso, a pesar de mis reiteradas negativas, enseñarme. Pero se quedó contenta de volver a dejarme antes de terminar la danza.

Su hija, felizmente para ella, encontró un caballero menos torpe que yo. Pero la conciencia de mi torpeza me había vuelto hosco más allá de todos los límites.

A pesar de la continuación de la represión, se intentó una vaga apariencia de oposición. Portalis, con su "Corsaire", ayudado por Jules Amiguet, aparentó defender la causa obrera. Es verdad que no era más que para aliar los obreros con el Imperio.

Tuve la idea de abrir una subscripción para enviar delegados obreros a la exposición — ¿de Viena o de Filadelfia? — lo he olvidado. Los carnets de suscripción fueron confiados a los que querían encargarse de recibir las donaciones. Mi padre y yo nos ofrecimos para eso. Pero los donantes, en tanto que me recuerdo, no fueron numerosos en nuestro barrio.

Más tarde, Mottu fundó el "Radical" donde, con la ayuda de Segismund Lacroix y de Ives Guyot, combatió la reacción, bajo una lluvia de condenas y multas.

Más tarde, Ives Guyot fué desenmascarado como colaborando en un periódico reaccionario: "Le Bien Public", donde babeaba sobre la Comuna, bajo el pseudónimo de Verranaux.

En la casa continuaba todo mal. Dos meses después de la muerte de mi madre, la mayor de mis hermanas cayó en cama, a consecuencia de un vómito de sangre. Se arrastró siete meses, y murió como mi madre, teniendo una pesadilla en que se vió condenada a muerte.

Dos meses después, mi padre sufrió un ataque de fiebres intermitentes. Tuvo que ir al hospital y luego, en convalescencia, al asilo de St. Maurice. Durante ese tiempo, quedé a cargo de la hermana menor.

En fin, llegó el día de sacar suerte. Fuí al Palacio de la Industria, con una media docena de jóvenes de la casa, de los cuales tres eran también conscriptos.

Saqué el número 28. Mi padre, que había vuelto a la casa desde hacía algún tiempo, había convenido en ir a buscarme a la salida del Palacio. Pero por más que busqué en la multitud de parientes y amigos de los conscriptos que esperaban fuera, no vi ningún rastro de mi padre.

Cuando volví a casa lo encontré sacudido por temblores. La fiebre le había vuelto más fuerte que nunca. Tuvo que volver al hospital.

Cuando volvió a salir, partió para Auvergne con mi hermana más joven. Su hermana y su cuñado le habían ofrecido que fuera a reponer sus fuerzas.

Desde la Comuna yo tenía un horror invencible al oficio de militar. Me preparaba a la deserción. Pero, tímido como era, muy poco aventurero, no conociendo ninguna lengua, desertar me parecía una empresa loca, sin tener, olvidaba decirlo, un céntimo en el bolsillo. Me fuí al servicio con 40 francos, el producto de mi última entrega en la que había tenido que pasar la noche la víspera de mi partida, a fin de terminar el trabajo.

Fuí al regimiento como se va al cadalso. Tanto más cuanto que los vecinos me habían predicho que con mi cabeza tenía que acabar infaliblemente mal.

Mi número me designaba para la infantería de marina. Fuí designado para el segundo regimiento, acuartelado en Brest...

En "La Grande Famille" he contado sin cambiar gran cosa, lo que fué mi vida allí, y lo que vi. Es inútil contarlo aquí.

Pasé un año en el cuartel. Al fin de ese año fuí metido en una compañía designada para partir para Cochinchina. Pero mientras tanto murió mi padre. Vi llegar las piezas necesarias para probar que, teniendo una hermana menor viva, tenía derecho a ser dado de baja como sostén de la familia.

Fuí desarmado. Pero pasaron todavía varias semanas antes de que fuera librado definitivamente.

Durante mi tiempo de servicio militar, mi padre había vuelto a París medio curado. Habiéndole atacado de nuevo la enfermedad, vendió todo el mobiliario, no dejando más que mis herramientas y mi colección de pequeños volúmenes de la "Biblioteca nacional", que algunos ex-vecinos llevaron a su casa para entregarme si volvía alguna vez, y él volvió a Auvergne a casa de su hermana, donde murió.

Mi tío me había enviado 50 francos. Yo había recibido un "descuento" de 12 ó 15. Me quedaban una quincena de francos, sobre una cuarentena que vecinos del patio des Rames me habían enviado para que pudiera volver. Era el producto de una colecta que habían hecho. Era todo lo que tenía para hacer frente al mundo.

Pero no veía dificultades. Iba a despojarme del uniforme. No quería más que eso. Eso me bastaba por el momento. Las dificultades se superan.

Jean GRAVE

●

Individualismo y comunismo

Malatesta exponía hace veinte años del siguiente modo su concepción de la economía comunista

Vamos a dar algunas razones que hacen que seamos comunistas en lugar de ser individualistas.

Pero, entendámonos de inmediato, es del individualismo a ras de tierra, del de los partidarios de

la propiedad individual de los medios de producción que nosotros queremos hablar.

El otro individualismo, el filosófico, el de los adoradores del "yo", del Unico, del Superhombre, etc., es cosa demasiado complicada para nosotros. Pues, a decir verdad, todas esas investigaciones filosóficas nos parecen a nosotros, gentes de buen sentido, otras tantas charlatanerías inútiles y vanas.

Nuestra aspiración es que cada uno pueda hacer lo mejor que le parezca. Dad a alguien los medios de hacer lo que le parezca bueno y lo hará, con o sin el permiso de los filósofos.

Lo importante es, pues, proporcionar a cada uno los medios de obrar a su modo y de hacer de manera que la libertad completa de los uños no perjudique a la de los otros.

Sin la propiedad no hay libertad, nos dicen los individualistas. Y es perfectamente verdad. Si un hombre no tiene la posesión de los medios de existencia, si no es el dueño de la materia prima necesaria para vivir y desarrollarse, será siempre un esclavo.

Pero puesto que queremos que todos sean libres, debemos querer también que todos sean propietarios.

Que se nos proponga, pues, un medio de hacer a cada cual propietario de todo lo que le es necesario y abandonaremos nuestro comunismo, porque la propiedad que combatimos, y con la cual no admitimos transación de ninguna especie, es la propiedad capitalista, o sea la propiedad empleada para la explotación del trabajo ajeno o para impedir trabajar a los demás. No tendríamos razón para levantarnos contra la propiedad individual de los medios de producción, si fuese el patrimonio de todos y no sirviese más que para el trabajo personal de su propietario. Tendríamos que hacer objeciones de orden técnico y sentimental, pero las primeras podrían sin duda ser vencidas por los progresos de las ciencias aplicadas y las segundas, es decir el deseo de concordia y de fraternidad, ser eliminadas por el hecho de que cuando todo el mundo se encuentra bien y nadie puede oprimir o ser oprimido se vuelven todos amigos, cualesquiera que sea la forma de la organización social en vigor.

Pero ¿conviene, o más bien, es posible que todos sean individualmente propietarios de los medios de producción y principalmente de la tierra y de las otras fuentes naturales de riqueza?

En una sociedad primitiva, en un territorio poco poblado, cuando cada cual podría fabricar por sí mismo los rudimentarios objetos necesarios a sus necesidades limitadas, la propiedad, si no estrictamente individual, familiar al menos, podría en rigor concebirse. Pero aun en este caso no marcharía sin graves desigualdades e injusticias, esgendrando luchas y luego vencidos y vencedores y la opresión de éstos por aquéllos que sería la consecuencia.

Y en la práctica ¿a quién habría que atribuir el terreno fértil del que se saca, con un mínimo de esfuerzo, la más abundante cosecha o el campo estéril del cual un trabajo encarnizado no consigue sacar más que una mísera cosecha? ¿Quién será, además, designado para permanecer cerca de los cursos de agua y de las vías de comunicación y quién será relegado lejos de los ríos y de los mares? ¿Cómo proceder a un reparto que contentase a todo el mundo, cuando las diversas parcelas de terreno son tan desemejantes por su producción natural, su salubridad y su situación?

A decir verdad, los progresos de la ciencia nos hacen prever bien el momento en que todos los terrenos puedan ser tornados igualmente fértiles, pero esto presupone tal grado de desenvolvimiento humano, tal intensidad de cooperación social, que estamos muy lejos de nuestra hipótesis de una sociedad primitiva de hombres de necesidades limitadas a lo que un individuo o una familia pueden producir por sí solos.

Suponiendo incluso que se consiguiese ponerse de acuerdo para un reparto amistoso ¿no sería preciso recomenzarlo con cada cambio de población?

¿Pero qué ocurriría si el reparto de la propiedad debiese hacerse hoy con la multiplicidad de las necesidades que se han desarrollado y se desarrollarán cada vez más y exigen, para ser satisfechas, la cooperación material e intelectual de todos los hombres o al menos de un gran número de hombres de países diversos, practicando oficios diferentes y cultivando ciencias diversas?

¿Daréis al uno una parte de mina, a otro un trozo de máquina o de navío? ¿Y qué propiedad daréis a los que hacen los caminos, cuidan los enfermos, instruyen a la juventud?

Y puesto que en lo sucesivo no es posible vivir sin el cambio de los productos y de los servicios ¿cómo haréis para establecer el valor relativo de las cosas y de los esfuerzos?

¡La tentativa sería simplemente absurda!

Si se quiere hacer de todos propietarios, no hay más que un medio: hacerles a todos co-propietarios de todas las cosas existentes.

Y entonces se tendrá el Estado, es decir un gobierno formado no importa cómo que deberá tomar posesión de todo y administrarlo por cuenta de la colectividad obligando a todo el mundo a someterse a sus leyes, a proporcionar una cantidad de trabajo prescrito, en las formas dadas y a contentarse con la ración reglamentaria, y tendréis el "socialismo de Estado". Suprimida toda libertad efectiva, toda iniciativa, toda independencia de los individuos o de los grupos, se habría reemplazado la dominación capitalista por la de los políticos y los burócratas. Una ración un poco más abundante y más segura si se quiere, pero tanto menos libertad y posibilidad de progreso.

O bien la entente libre, voluntaria entre los individuos, los grupos, la colectividad, en todos los grados, para poner juntas todas las facultades de explotar en común las riquezas naturales en beneficio de la mayor ventaja de cada uno y de todos y tendremos el "comunismo anarquista". Elegid.

Es en el comunismo libre donde el individuo encuentra la mayor garantía de independencia, de libertad, de bienestar.

Es en el derecho del individuo, de todos los individuos a la libertad y a la seguridad donde el comunismo encontrará su razón de ser y su justificación.

Errico MALATESTA

Del movimiento anarquista en Francia

Resoluciones del congreso de París de la U.C.A.R.

En el mes de abril del corriente año se celebró en París un nuevo congreso de la Unión Anarquista comunista revolucionaria francesa, llegando a las siguientes resoluciones:

LOS PRINCIPIOS ANARQUISTAS

Una vez más y más fuertemente que nunca, los anarquistas, agrupados en la Unión Anarquista Comunista Revolucionaria, afirman que el principio de autoridad, de donde proceden todas las instituciones actuales, es la causa de todos los males sociales.

Son pues irreductibles enemigos de la autoridad política: el Estado, de la autoridad económica: el capitalismo, de la autoridad moral: la religión, el patriotismo y la moral oficial. Y en otros términos, los anarquistas están contra todas las dictaduras: las de ayer, de hoy y de mañana, se deriven de un principio religioso, científico, político o económico.

En cambio, se declaran partidarios de una organización social cuyo mecanismo entero reposará sobre la asociación libre de los productores y de los consumidores en vista de la satisfacción de todas las necesidades: económicas intelectuales, afectivas, científicas, artísticas, etc.

Son comunistas, porque el comunismo es la única forma de sociedad que asegura a todos y a cada uno su parte igual de bienes; principalmente a los niños, a los ancianos, a los enfermos y a los menos dotados.

Son individualistas en el sentido que, poniéndolo todo en común, dan a cada uno las posibilidades materiales de desarrollar en todos los sentidos y a su manera su individualidad.

Pero su individualismo no tiene nada de común con el individualismo de los que quieren legitimar actos tales como la prostitución, la explotación del hombre por el hombre, y cualquier otra teoría de "debrouillage" individual.

Son revolucionarios. No se hacen ilusiones sobre la eficacia de las reformas parciales que la acción popular es susceptible de arrancar a los amos de la hora, porque están convencidos de que esas reformas no serán consentidas por las clases privilegiadas más que para evitar la caída de su régimen.

Están persuadidos de que la sociedad burguesa para mantenerse, no retrocederá ante ningún medio legal o ilegal de violencia — y es por eso que persisten en afirmar que la transformación de la sociedad no vendrá más que de una revolución social.

Son educacionistas porque tienen la firme convicción de que la revolución social no avanzará en la vía de las realizaciones anarquistas más que en relación al grado de las evoluciones individuales.

Sin embargo, sin esperar esa revolución, dedican todos sus esfuerzos a realizar en ellos y a su alrededor el máximo de perfección individual.

PROGRAMA DE ACCION

Los anarquistas agrupados en el seno de la Unión Anarquista Comunista Revolucionaria no constituyen un partido político u otro con la pretensión de tomar el poder y de administrar la sociedad.

Estando basado el comunismo anárquico sobre la libre asociación de los individuos para la satisfacción de todas sus necesidades, corresponde a las organizaciones surgidas directamente del pueblo, el hacerse cargo del funcionamiento de la vida social.

Los anarquistas se agrupan para combatir las instituciones autoritarias, guardianes de los privilegios, y las múltiples asociaciones políticas, económicas o financieras cuyo objetivo es mantener y reforzar el sistema de explotación y de esclavitud actualmente en vigor.

Frente a ese formidable aparato represivo, que se refuerza cada día y a todos los organismos de reacción o de conservación social que se multiplican, estiman necesario agruparse sólidamente para constituir una fuerza susceptible de luchar con eficacia contra todos los elementos de opresión y de explotación.

Si el esfuerzo individual puede preparar los caminos de la transformación social, sólo una acción colectiva y popular podrá realizar prácticamente esa transformación.

Una organización de propaganda y de lucha es, pues, indispensable para obtener el máximo de potencia y de resultados.

Los anarquistas no son utopistas.

Inspirándose en la formación y el desenvolvimiento de numerosas asociaciones de todo género que se constituyen actualmente en múltiples dominios, constatan que el espíritu de asociación y de federalismo predomina más y mas.

El centralismo ha probado su impotencia tanto política como económica. Los anarquistas permanecen, pues, partidarios de una organización social basada en la Comuna, aglomeración local bastante vasta para practicar eficazmente la solidaridad, organizar la producción y el reparto, utilizando los mejores procedimientos técnicos, organizando racionalmente el trabajo, sin que su extensión sea un obstáculo al concurso y al contralor directo de todos los habitantes interesados en el buen funcionamiento del organismo comunal.

La Comuna no debe ser la caricatura de los consejos municipales actuales, ni la reproducción en miniatura de los gobiernos. Es un pacto moral y

material que una a todos los habitantes de un cierto territorio, pacto por el cual se garantizan mutuamente y recíprocamente las condiciones materiales, tener un máximo de bienestar y de disfrutes compatibles con las posibilidades de producción.

La Comuna libertaria será como una gran familia cuyos miembros aprovecharían todas las ventajas instituídas por la colectividad.

Orgánicamente, la Comuna libertaria será el conjunto, el acuerdo establecido por las formas diversas de asociación que se constituyen, respondiendo cada una a una necesidad o a un esfuerzo : asociaciones de reparto o de consumo, asociaciones de producción, de alojamiento, de enseñanza, de higiene, de arte, etcétera.

Ligadas por un organismo de base cooperativa, las formas de esas asociaciones pueden ser diversas, yendo desde la colonia integral hasta el trabajo o el consumo individuales.

No corresponde a los anarquistas de hoy codificar, encerrar en un cuadro inmutable las asociaciones del porvenir, administrándose cada cual internamente como sus miembros lo entiendan.

El rol de la Comuna es armonizar, en asambleas donde todos los grupos están representados, los esfuerzos que hay que proporcionar por los organismos de producción con las demandas y las necesidades de los organismos de consumo o de utilidad general.

Federalistas, los anarquistas niegan la necesidad de una centralización cualquiera.

Las relaciones entre comunas pueden organizarse fuera de todo poder central:

1.o Por ententes decididas entre comunas;

2.o Por la creación de federaciones regionales, nacionales o mundiales por medio de federaciones obreras.

Sin entrar en detalles fastidiosos, los comunistas anarquistas estiman que sólo una organización social instaurada en las condiciones enunciadas más arriba es bastante sutil para dejar la más completa libertad a cada uno y bastante práctica para ser realizable inmediatamente después del triunfo de una revolución social que haya destruído toda especie de autoridad y realizado la expropiación total de las clases poseedoras.

LA ORGANIZACION DE LOS ANARQUISTAS

La Unión Anarquista Comunista Revolucionaria de lengua francesa agrupa a todos los militantes de acuerdo con las bases doctrinales del comunismo anárquico.

Abolición de todo poder político e institución de una sociedad comunista libertaria donde la vida económica y social será administrada por los interesados mismos, libremente asociados y federados sobre planos locales, regionales, nacionales e internacionales, así como lo ha definido la primera parte de esta resolución.

La U. A. C. R. está formada por todos los individuos, grupos y federaciones que aceptan esta base doctrinal del comunismo libertario y que luchan por la desaparición de todas las formas de autoridad política, económica, moral y de cualquier especie que sea.

A fin de que los esfuerzos de los unos y de los otros no queden aislados y caóticos, estimamos indispensable la constitución seria de una organización general de todos los militantes de lengua francesa que se declaran en favor de nuestras ideas.

Esta organización es de base federalista. Trata de unir, de coordinar y de unificar todo lo posible los esfuerzos de todos, sin perjudicar por eso de un modo cualquiera la libertad y el espíritu de iniciativa de los individuos, grupos y federaciones.

La Unión Anárquica Comunista Revolucionaria es el conjunto, el trazo de unión de todos los grupos anarquistas que existen en el país.

El grupo local es la base de toda nuestra organización. Cada grupo se constituirá, regirá y obrará como mejor entienda, sin tener que sufrir órdenes ni que solicitar autorizaciones de nadie para las tareas locales que estime necesarias, quedando naturalmente en los límites de la doctrina anarquista comunista y de las líneas generales trazadas libremente en los congresos. Determina por sí mismo, según entienda, las formas administrativas y los métodos de acción que convienen mejor a su ambiente, así como el género de cotizaciones más apropiado a las circunstancias locales.

Invitamos formalmente a los grupos de una región a constituir federaciones regionales para ciertas propagandas y acciones de utilidad regional: prensa regional, giras de propaganda, etc. Las federaciones serán libres de determinar sus formas administrativas, sus cotizaciones y su propaganda, siguiendo los programas establecidos por los congresos regionales, donde participan todos los grupos adherentes, y que se celebrarán, en tanto que sea posible, una vez al año, un tiempo antes de la celebración del congreso nacional.

La U. A. C. R. es el conjunto de los grupos y federaciones de lengua francesa,

Serán adherentes a ella todos los grupos que hayan dado pruebas de actividad y de existencia y que hayan vertido a la caja de la U. A. C. R. una cotización anual equivalente a un mínimo de 6 francos por miembro adherente a ese grupo.

La caja de U. A. C. R., alimentada por esas cotizaciones, servirá para cubrir los gastos de administración de la U. A. C. R. y para la organización de la propaganda a través del país.

En el caso en que una de las obras colocadas bajo la egida de la U. A. C. R. tenga necesidad de subsidios, la entrega de fondos no podrá ser efectiva más que después del consentimiento de la mayoría de los grupos adherentes, consultados por referendum.

Todos los años, un congreso nacional, reunirá a los delegados de todos los grupos adherentes, y tendrá por misión discutir el informe moral y financiero del ejercicio pasado, las directivas a dar al movimiento y las grandes cuestiones de propaganda y de acción.

Estando encargados los grupos y federaciones de organizar la acción y la propaganda en el radio de su localidad o de su región, corresponderá a la U. A. C. R. realizar esa acción y esa propaganda en el plano nacional.

El congreso designará una comisión administrativa que nombrará en su seno a un secretario, un secretario adjunto y un tesorero, y podrá, según las necesidades, nombrar secretarios o comités especializados para tal o cual acción o propaganda.

El rol de la comisión administrativa es puramente administrativo y no directivo. Tiene por función el hacer entrar en la práctica, según las posibilidades, las decisiones y resoluciones del congreso.

Organizará, siempre que pueda, de acuerdo con las federaciones y grupos adherentes, giras de propaganda a través del país. Dará sobre todo su esfuerzo para ayudar a los camaradas aislados o poco numerosos en una localidad, para organizar reuniones y

crear grupos en todas partes donde se produzca alguna posibilidad.

Cuando se presente alguna cuestión importante y de orden general, relativa a la acción, la propaganda, la actitud ante ciertos acontecimientos o ciertos grupos, la C. A., después de haber discutido, encargará a uno o varios camaradas de redactar un informe explicando el caso, informe que se publicará en el "Libertaire" o será remitido a los grupos de otro modo, y los grupos discutirán la cuestión y enviarán al secretariado de la U. A. C. R. su respuesta motivada.

La C A. presentará, en cada congreso, un informe moral y financiero sobre la acción del año transcurrido.

No hace falta decir que las discusiones y resoluciones que sean presentadas a los congresos no pueden interesar más que a los adeptos a la U. A. Comunista Revolucionaria y sólo a los grupos que, moral y materialmente, desde hace tres meses, hayan aportado su concurso a la vida de la U. A. C. R. serán calificados para participar en ellas.

El congreso pide a todos los camaradas anarquistas-comunistas que formen grupos locales y federaciones, en todas partes donde sea posible. Los camaradas aislados son invitados, a fin de coordinar la acción y de poder beneficiarse ellos mismos de la solidaridad general, a dar su adhesión al grupo más próximo.

El congreso estima que es tiempo de que las discusiones sobre la organización entren al fin en la práctica y en la realización.

Lo que nos unirá, más todavía que las discusiones teóricas, es la necesidad de reagrupar y de unificar nuestros esfuerzos para difundir cada vez más nuestras concepciones ideológicas, para llevar a cabo las luchas, y para crear obras impregnadas del espíritu libertario.

Nada vale para unirnos y hacernos comprender (las divergencias de detalles son secundarias) más que la acción en común y siempre la acción.

LA ACCION DE LOS ANARQUISTAS

Así, teniendo por fin la propagación del anarquismo, la acción conjugada de los anarquistas-comunistas debe tender siempre a la instauración del anarquismo.

Contando únicamente con la clase trabajadora para la edificación de la sociedad futura, los anarquistas deben tomar parte en todo movimiento de rebelión del explotado contra el explotador; pero deberán poner siempre en guardia a los trabajadores contra las maniobras de los políticos — de la derecha o de la izquierda — que tratarán de desviar la acción para fines gubernamentales, de electoralismo o de partido.

Diariamente debemos desenmascarar con la misma virulencia y la misma lógica el socialismo parlamentario como el bolchevismo centralizador.

Debemos combatir todas las represiones sin excepción, incluso las que sufren los bolchevistas e incluso las que éstos ejercen contra los anarquistas en Rusia, por ejemplo.

¡Propaganda contra todos los parlamentarios y sus engañifas, lucha contra todas las dictaduras y sus crímenes, es esa una de nuestras tareas más indispensables!

A las hipocresías de los gobiernos pseudopacifistas, a los socialistas de defensa nacional, a los bolchevistas partidarios de ejércitos rojos, debemos oponer sin cesar nuestras concepciones humanas.

Debemos llevar a cabo una acción seria para que el proletariado se rehuse a la guerra o su preparación. Acción cuyo carácter internacional deberá ser puesta cada vez más en evidencia. Acción que debe dar al proletariado de todo el país la conciencia de la fuerza de su unidad que, ampliándose, quebrantará todas las bases del orden autoritario.

Y además, también, nos será preciso tomar más seriamente que antes la defensa de nuestros camaradas nacidos en otros países y que, habiendo debido emigrar, se han encontrado a nuestro lado en la labor emancipadora. Es indispensable que obtengamos, para nuestros compañeros del otro lado de las fronteras, al menos las míseras libertades de que nosotros disfrutamos. Es un acto de solidaridad anarquista a que nadie debe eludirse por más tiempo.

En una palabra, deberemos llevar a cabo un combate de cada día, contra todas las fuerzas de autoridad, a fin de carcomer lo más posible su execrable dominación. Y para hacer esto, debemos apelar constantemente al interés, al sentimiento y a la razón de las muchedumbres.

EL SINDICALISMO DE LOS ANARQUISTAS

Todos los anarquistas comunistas sin excepción, reconocen el valor social del sindicalismo, escuela de solidaridad de la clase obrera y de preparación para la revolución social.

La acción sindical debe ser independiente de toda otra organización. Los anarquistas-comunistas no tienen de ningún modo la intención de subordinar el sindicalismo, porque estiman que persiguiendo sus fines propios, el sindicalismo realiza, en realidad, nuestras concepciones en el dominio económico de la producción.

El congreso estima que los camaradas adherentes a la U. A. R. C. deben, cuando es posible, entrar en los sindicatos y obrar en ellos en vista de la emancipación total del proletariado. Cada cual, según la profesión que ejerce, la localidad que habita y las circunstancias, se adherirá al sindicato para poder hacer oir su voz de modo eficaz.

Considerando que la unidad es la condición indispensable del renacimiento y de la potencia del sindicalismo, los anarquistas comunistas trabajarán por acelerar su realización.

Es deseable que los anarquistas-comunistas que militan en las tres C. G. T. y en los sindicatos autónomos, coordinen sus esfuerzos en el sentido indicado, sin aceptar por eso la mala táctica de las comisiones sindicales.

(De "Le libertaire", 3 de mayo de 1930).

Sobre el tema anterior, el sindicalismo de los anarquistas, el grupo de Bezons había propuesto la siguiente resolución, que fué rechazada:

"El grupo de Bezons piensa que los anarquistas deben participar en el movimiento sindical en una organización que se acerque más a su ideal.

"Dándonos la C. G. T. S. R. más garantías al respecto, invitamos a los compañeros de la U. A. C. R. a dar sus esfuerzos a esa fracción del movimiento obrero".

Aletazos de esperanza

narración de PEDRO GODOY

I

Le conocí en un cafetín de una ciudad remota y desconocida.

Era un muchacho rubio, de ojos azules y de hombros grandotes.

¿Fué el aburrimiento, el hastío, la rabia que nos ligó más y más cada día hasta llegar a hacer un alma de nuestras dos almas, un pensamiento de nuestros pensamientos como si fueran dos cuerpos distintos y un solo dinámico cerebro? Dos cuerpos cansados, pesarosos y tristones con una sola cabeza gigantesca.

Y nos largamos a vagar por las afueras de la ciudad remota y desconocida en procura de un paraje tranquilo y ameno donde poder construir un albergue para nuestro cansancio de vivir.

Y caminando, caminando, nos encontramos una madrugada en un imprevisto callejón largo y amplio, arbolado de las dos veras con árboles frutales, al revés de los árboles inútiles que existen hoy en las ciudades modernas adornando las plazas y estorbando en las calles; aquellos árboles si bien no daban piedras preciosas, como en las fantásticas grutas de Aladino, en las "Mil y una noches", daban en cambio sabrosos duraznos y ricas manzanas al alcance de todos los caminantes y de todas las manos.

Nos encontrábamos a la entrada de una preciosa ciudad lineal: callejón largo y amplio que no era adornado ni con edificios públicos ni con comisarías. A ambos lados se abrían al sol y al viento fresco, preciosas granjitas de los más diversos aspectos, sobre las cuales, desde lejos, el viento abanicando los campos sembrados derramaba el perfume de los trigos en flor.

II

Fuimos, desde entonces, habitantes de aquella remota ciudad del ensueño y de la esperanza, de cuyo léxico habría desaparecido el hastío y la amargura de vivir.

Sus hombres eran corpulentos y sanos. Su color se identificaba con el color tostado de sus trigales. Sus niños, niños de todos, de la libertad, corrían por la calle amplia y fresca que no estaba ni atiborrada de tráfico, ni bajo la sanción penal del ojo celoso del gendarme, porque en aquella ciudad civilizada había desaparecido el absurdo de la nerviosidad enloquecida y el macabro espectro de la autoridad.

Se habían apagado para siempre las torturas del egoísmo y del amor propio. No existían allí luchas de supremacías ni materiales ni morales que levantaran sobre las cabezas de sus habitantes ni códigos o gobernantes.

La ambición había sido desterrada de aquella ciudad armónica y perfecta; ni siquiera existían allí las diferencias amorosas, las disputas por una mujer, único obstáculo que encuentra Morris en su maravillosa utopía de la sociedad futura. Había desaparecido el amor puro y exclusivo bajo el morbo del sensualismo, y allí se resolvía ese problema tan natural, como las demás necesidades orgánicas, desde el punto de vista del razonamiento y de la mutua libertad de elección entre los sexos.

Conjuntamente con la medicina, a base de píldoras, absurda y descabellada, se había concurrido al sepelio de todas las enfermedades... Los habitantes de aquella ciudad, al haber deshecho todas las fantásticas combinaciones culinarias, y el uso y abuso de la carne, de los ingeniosos embutidos y diabólicas cajitas de latas de las conservas modernas, diminutas cajitas apiladas en nuestros almacenes, portadoras de la indigestión y la muerte, al volver a la vida natural, a la abolición de los perfumes y de los afeites, del cuello y del corset, de las habitaciones cerradas, al propulsar el sol y el agua, le habían dado un golpe en la cabeza al complicado y fraudulento negocio de la medicina.

Basados en el aforismo de que "es más fácil prever que curar", aquellos hombres habían aprendido a deshechar el alcoholismo y el tabaco. No había a lo largo del callejón de su ciudad armónica ni fábricas pomposas de tabacos ni de bebidas alcohólicas, que existen hoy: especie de mazmorras fantásticas donde van dejando lentamente sus pulmones muchedumbres inmensas de mujeres y de hombres pálidos en esta sociedad enferma del presente.

Tampoco existían comerciantes que bajo el rótulo de "farmacéuticos" se enriquecían con la venta de cocaína, hasta el extremo de existir una farmacia en cada esquina como pasa actualmente en Buenos Aires y en todas las ciudades *civilizadas* del mundo.

No había, en la hermosa ciudad de los ensueños anarquistas, necesidad de recurrir al socorro de los estupefacientes para calmar los nervios...

Cobres de dos centavos

EN EL ZOOLOGICO

Habla el borrico

¿Qué mis orejas son largas?
Tienen tamaño de alas.

Habla el elefante

En mis colmillos oirás
una sonata de piano...
Si escuchas con voluntad.

Habla el león

Con un montón de ladridos
—dice el león a los lobos—
no se compone un rugido.

Alvaro Yunque

UN CERCO Y UNA ENREDADERA

Este cerco de alambre de púas agresivo
dice al transeunte: "Se prohibe entrar"
Y, saliéndose de él la enredadera
sus campanillas cándidas nos ofrece al pasar.

AQUI, EN BUENOS AIRES

"Soy un ciudadano del mundo".—SOCRATES

Triunfan neologismo y barbarismo.
Muere el purismo y el academismo,
viejo gotoso, en su cubil se encierra.
Todo lo invade el cosmopolitismo.
¡Me siento un ciudadano de la tierra!

DIALOGO EN LA ALBORADA

¿Por qué os apagáis, focos? — les interrogo yo.
Y me responden ellos: — ¡Para que brille el sol!

PLATA

La luna, en el callejón,
echa montones de plata.
luz derrocha la insensata
como un artista, emoción.
Yo, abriendo mi corazón,
guardo en él plata lunar;
los que me la ven guardar,
siguen burlones, risueños...
¡Ya verán qué lindos sueños
con ella voy a comprar!

LA LEY

La ley: ingenioso autómata
a la que el miedo da cuerda.
(Y el miedo nunca perdona.)

MUSICA

Para René Hart

El silencio es un viejo,
es un viejo avaro que esconde sonidos.
Flauta, violín, piano:
Se los arrebatan para repartírnoslos.

Flauta, violín, piano:
¡Si supiérais cómo nos hacéis de ricos!

Autobiografía de Alberto R. Parsons

(*CONCLUSION*)

Esta fué mi primera experiencia con los "poderes efectivos" y caí en la cuenta que tenían carta blanca para dar o quitar la vida. Los diarios de la tarde anunciaban a grandes títulos que Parsons, el "leader" de los huelguistas, estaba arrestado. Esto me sorprendía y molestaba, porque no había intentado tal cosa ni tampoco me hallaba arrestado. Pero los diarios así lo decían. Esa noche fuí a visitar el taller del "Tribune", en el quinto piso, en parte para conseguir un trabajo de noche y en parte para estar cerca de gente de mi propia condición que yo sentía instintivamente simpatizaba conmigo.

La gente empezó a trabajar a las 7 p. m. Cerca de las 8, mientras hablaba con Mr. Manion, presidente de la Junta Ejecutiva de nuestra Unión acerca de la gran huelga y de sus probables resultados, sentí que alguien asía fuertemente mis brazos, y dándome vuelta violentamente, preguntóme si mi nombre era Parsons. Dos hombres situados a uno y otro lado me sujetaron los brazos y otro sujeto, apoyando la mano contra mi espalda, empezó a empujarme hacia la sons Dos hombres situándose a uno y otrto lado me puerta. Eran gente extraña. Opuse resistencia. — He venido aquí como un caballero, les dije, y no quiero que me echen como a un perro. Ellos me maldijeron entre dientes y abriendo la puerta, me condujeron escaleras abajo. Mientras bajábamos, uno de ellos arrimó una pistola a mi cabeza y profirió: "Tengo ganas de hacerle saltar la tapa de los sesos". Otro dijo: "Cállese, o lo haremos estrellar contra la calzada, arrojándolo por esta ventana". Al llegar a la planta baja se detuvieron y dijeron: "Váyase ahora. Si pone usted otra vez los pies en esta casa, será arrestado y encarcelado". Dí varios pasos por el vestíbulo, abrí la puerta y me encontré en la acera. (Supe después por los tipógrafos del "Tribune" que hubo gran excitación en el taller, amenazando la gente con declararse en huelga por el modo inicuo de tratarme; cuando Joe Medill, el propietario, acudió al taller dijo a los obreros que nada sabía de lo ocurrido y que el atropello se había cometido sin su conocimiento o consentimiento, repudiando el acto de los que se habían comportado en esa forma conmigo. Opinaba la gente, sin embargo, que se había valido de ese subterfugio para calmar la excitación que el atropello cometido en mi persona había suscitado.) Las calles estaban casi desiertas a esa hora. Se me ocurrió que de un momento a otro podía caer ultimado por manos anónima se inmisericordes. Seguí por la calle Dearborn hasta el Lago, en dirección a la Quinta Avenida. Era una noche de verano, calma, agradable. Extendidos sobre las aceras, o matando el tiempo perezosamente dentro y fuera de los grandes edificiis, había hombres armados. Al atravesar una calle poco frecuentada me encontré de manos a boca con algo que trataba de evitar: el primer regimiento de los guardias nacionales de Illinois. Parecían esperar órdenes; ¡no habían declarado los diarios que los huelguistas se volvían cada vez más violentos y que estaba por verificarse el advenimiento del Comunismo! ¡y no era yo su "leader!" Nadie hablóme ni molestóme. Les era desconocido. El día siguiente y los sucesivos los huelguistas se reunieron por millares en diferentes partes de la ciudad sin leaders ni propósito determinado. La policía y la milicia no vacilaban en apalearlos, balearlos y dispersarlos. Esa noche fué disuelta en Market Street cerca de Madison una reunión pacífica de 3.000 trabajadores. Más de cien polizontes cargaron sobre la multitud pacífica disparando sus armas y apaleando a diestra y siniestra. Los gráficos, los fundidores y otras trade unions que hacía años que se reunían regularmente en asambleas gremiales, cuando llegaban a la puerta de sus locales con ese propósito encontraban policía de custodia, notificándose a los afiliados que el jefe de policía había prohibido la realización de toda clase de asambleas. Los mitines en plazas públicas, asambleas gremiales de cualquier carácter eran disueltas por la policía, y en el lugar (el salón Turner de la Calle Doce) donde se había reunido el gremio de Obreros Muebleros para conferencias con sus empleadores acerca del sistema y salarios de ocho horas la policía rompió las puertas, penetró violentamente y apaleó y baleó a los asistentes matando a un obrero e hiriendo a muchos otros, mientras la gente pugnaba en el tole tole por ganar la puerta y escapar.

El día siguiente, el Primer Regimiento de los Guardias Nacionales de Illinois baleó a una multitud de simples espectadores, varios miles de hombres, mujeres y niños matando en el viaducto de la calle Dieciseis a varias personas, ninguna de las cuales participaba de la huelga.

Durante los dos años que siguieron a la huelga ferroviaria y a mi expulsión del "Times" figuré en la lista negra y no pude encontrar trabajo en la ciudad.

Los acontecimientos de 1877 dieron gran impulso y actividad al movimiento obrero en todos los Estados Unidos, y, de hecho en el mundo entero. Los gremios aumentaron rápidamente en número y en afiliados cosa que también ocurrió con los Caballeros del Trabajo. Al visitar Indianápolis, Indiana, para arengar a un mitin de trabajadores el 4 de julio de 1876 me encontré con el organizador de ese Estado, Calvin A. Light y fuí iniciado por él como miembro de los Caballeros del Trabajo, perteneciendo a esa asociación desde entonces. Esa organización no tenía asidero y era de hecho desconocida en esa época en Illinois. ¡Qué cambio! Hoy en día los Caballeros del Trabajo tienen casi un millón de miembros, y cuentan decenas de millares en el Estado de Illinois. El movimiento político obrero también avanzaba incontenible. La primavera siguiente a 1877 el Partido Obrero de los Estados Unidos presentó una lista íntegra de candidatos de distrito en Chicago. Eligió tres miembros a la Legislatura y un senador. Yo saqué, como candidato a Recaudador de Impuestos del Condado, 7.963 votots, aventajando por 400 a los que me seguían en la lista. En esa época más o menos me hice miembro de la asamblea local 400 de los Caballeros del Trabajo, la primera organizada en Chicago, y, creo, en el Estado de Illinois. Serví también como delegado a la asamblea del distrito 24 por dos períodos, y si mal no recuerdo fuí su Trabajador Maestro durante un período.

Los trabajadores de Chicago me eligieron tres veces candidato para concejal, dos para Recaudador de Impuestos y una para el congreso. El partido obrero se mantuvo durante cuatro años, sacando en cada elección de 6.000 a 12.000 votos. En 1878 fuí delegado a la convención del Partido Obrero de los Estados Unidos. En este congreso se cambió el nombre del Partido por "Partido Obrero Socialista". En 1878, a instancia mía y en gran medida debido a mis esfuerzos, se organizaron las actuales Asambleas Gremiales en Chicago y sus inmediaciones. Fuí su primer presidente y me reeligieron para ese puesto tres veces. Seguí como delegado a la asamblea gremial de la Unión Tipográfica N.o 16 por varios años. Defendí fervientemente el sistema de las ocho horas entre las trade unions. En 1879 fuí delegado a la convención nacional verificada en la ciudad de Allegheny, Pa., del Partido Socialista Obrero; donde me eligieron candidato para la presidencia de los Estados Unidos. Declíné ese honor, pues no tenía aún la edad constitucional: 35 años. (Era la primera vez que los trabajadores elegían a un trabajador para ocupar la primera magistratura de los Estados Unidos.)

Durante esos años de acción política, se hizo toda clase de esfuerzos para corromper, intimidar y desviar la línea de conducta del partido obrero. Pero éste desenvolvió sus actividades en forma intachable. No se amedrentó ni se desvió un ápice de sus principios. Acosado por todas partes, tuvo que recorrer penosamente el camino trazado. Para colmo, los trabajadores no se afiliaban en masa a su propio partido y aplaudían, en cambio, a los ídolos demócratas y republicanos, disparando sus votos unos contra otros en los días de comicio. Yo estaba desalentado. Pero el partido obrero avanzaba intrépidamente, y a cada elección llegaba sonriente a la derrota. En 1876, el partido comenzó a publicar el "Socialist", un hebdomadario inglés, eligiéndome subdirector. En esa época, más o menos, la organización socialista organizó algunos mitines monstruos. El edificio de la Exposición contuvo en una ocasión más de 40.000 asistentes, y muchos no pudieron entrar. La quinta de Ogden dió cabida en otra oportunidad a más de 30.000 personas. Durante estos años el movimiento obrero estaba pasando por su período formativo como lo está aún ahora. El lenguaje amenazador de la prensa capitalista — los representantes del monopolio — suscitaron graves aprensiones entre el elemento trabajador. Estos representantes de la aristocracia del dinero, aconsejaron el uso de palos y de bayonetas y de otras armas para suprimir a los huelguistas y elimina ra los descontentos trabajadores que luchaban por una paga mejor y menos horas de trabajo.

Los millonarios y sus representantes en el púlpito y en la tribuna, manifestaban, desembozadamente, su intención de emplear la fuerza para apaciguar a sus descontentos obreros. La ejecución de estas amenazas, el arresto y encarcelamiento de leaders obreros, el empleo de palos, revólvers y bayonetas contra los huelguistas, y hasta la exhortación de arrojar granadas de mano (dinamita) entre ellos — determinaron a los trabajadores a tomar las medidas necesarias para defenderse. De acuerdo con esto, surgieron en todo el país organizaciones militares obreras. Amenazaba convertirse en algo tan formidable este plan de organización que la legislatura capitalista de Illinois en 1878, obrando bajo las órdenes de los fabricantes y corporaciones ferroviarias millonarias, aprobó una ley por medio de la cual se imponía el desarme de los trabajadores. Estos apelaron a los tribunales de Illinois, y más tarde llevaron el asunto a la Suprema Corte de los Estados Unidos que dictaminó que las Legislaturas Estaduales de los Estados Unidos tenían el derecho constitucional de desarmar a los trabajadores. Empezaron a producirse disensiones en la organización socialista sobre la cuestión de las tácticas. En las elecciones del otoño y la primavera de 1878-79-80 los políticos empezaron a practicar el método de otros atropellos contra el Partido Obrero. Entonces descubrí la tarea de la reforma política. Muchos trabajadores empezaron a perder la fe en el voto o en la ley, como protectora del pobre. Algunos decían (industrial) es una frase vacía de sentido". Otros que "la libertad política sin la liebrtad económica clamaban que la pobreza no podía combatir a la riqueza con el voto, porque si el pan de un hombre es controlado por otro, este otro puede fiscalizar también, si es necesario, su voto. La discusión de estos temas determinó paulatinamente un cambio de opinión entre muchos camaradas; empezó a difundirse la convicción de que el Estado, el Gobierno y sus leyes no eran más que agentes de los poseedores del capital, cuyo papel consistía en reconciliar, ajustar y proteger sus intereses — el de los capitalistas — en conflicto; que la principal función de todo gobierno consistía en subordinar económicamente el trabajador al monopolizador de los medios de trabajo, vale decir al capital. Estas ideas tomaron cuerpo entre los trabajadores de todas partes (tanto en Europa como en Norte América) y se afirmó la convicción de que la ley y todas las formas de gobierno (gobernadores, dominadores, dictadores, emperadores, reyes, presidentes, capitalistas, todos uno y lo mismo), no eran más que una conspiración organizada de la clase poseedora para despojar a la clase trabajadora de sus derechos naturales. Se llegó a la conclusión de que el dinero o la riqueza controlaban la política, de que el dinero fiscalizaba, a las buenas o a las malas, tanto las urnas como el taller. Comenzó a prevalecer la idea de que el elemento de coerción, de fuerza, que permitía a una persona diminar y explotar el trabajo de otro, estaba centrada o concentrada en el Estado, el gobierno y la ley, de que cada ley y cada gobierno, en último análisis era fuerza, y que la fuerza era despotismo, una usurpación del derecho natural del hombre a la libertad.

En 1880 me retiré de toda participación activa en el Partido Obrero, convencido de que el número de horas por día que los trabajadores asalariados estaban obligados a trabajar, junto con los bajos salarios que recibían, contribuían a restarles libertad como votantes. Observé que las largas jornadas de labor y los bajos salarios despojaban a los trabajadores asalariados como clase, del tiempo y medios necesarios para organizar una acción política tendiente a abolir la legislación de clase. Mi experiencia en el partido obrero me había enseñado también que el soborno, la intimidación, la duplicidad, la corrupción y el fraude se derivavan de las condiciones que permitían la asistencia de pobres y de ricos, y que en consecuencia la urna no podía ser un índice de la voluntad popular mientras las existentes condiciones del pauperismo, empobrecimiento y esclavitud industrial no se alteraran. De ahí que enderezara mis esfuerzos en el sentido de reducir las horas de trabajo por lo menos a un día normal de labor, de modo que los trabajadores asalariados pudieran disponer de más horas libres y obtener mejor paga, pudiendo dedicarse, así, a satisfacer aspiraciones más elevadas. Varias trade unions decidieron de consuno enviarme en jira por los diferentes Estados para exponer el problema de las ocho horas ante las organizaciones obreras del país. En enero de 1880 la "Liga pro ocho horas de Chicago" me envió como delegado a la conferencia nacional de los reformadores del trabajo, verifica-

da en Wáshington, D. C. Esta convención adoptó una resolución, que yo propuse, llamando la atención del Congreso de los Estados Unidos sobre el hecho de que mientras la ley de las ocho horas, aprobada años atrás, no había sido puesta en vigencia nunca en las reparticiones del gobierno, no había, en cambio, ninguna clase de obstáculos en obtener del Congreso toda la legislación capitalista que se solicitaba. Esta convención nacional nombró a Richard Travellick, Charles A. Litchman, Dyer D. Lum, John G. Mills y a mí mismo para que formáramos la comisión nacional de la Asociación Nacional de las ocho horas, cuya misión consistiría en permanecer en Wáshington D. C. y urgir a las organizaciones obreras de los Estados Unidos para unirse y exigir que se pusiera en vigencia la ley de las ocho horas.

En esa época más o menos hubo un período de discusión de los derechos de propiedad, de los derechos de las mayorías y de las minorías, que determinó la formaciónn de una nueva organización, llamada la Internacional Socialista Revolucionaria, y más tarde la Asociación Internacional de los Trabajadores. Fuí delegado en 1881 al congreso obrero que fundó la primera y más tarde también delegado al congreso de Pittsburgh, Pa., en octubre de 1883, que adhirió la última a la Asociación Internacional de los Trabajadores, que ya se ramificaba en Europa, y que fué organizada en el congreso obrero mundial verificado en Londres, Inglaterra, en el año 1864.

En la dilucidación de esos problemas tuve una participación activa. El 1 de octubre de 1884, la Internacional fundó en Chicago el *Alarm*, un hebdomadario, del que me eligieron director, ocupando ese puesto hasta que las autoridades lo allanaron, el 5 de mayo de 1886, a continuación de la tragedia de Haymarket.

* * *

El examen de la lucha de clase demuestra que el movimiento de las ocho horas estaba condenado a la derrota por la verdadera naturaleza de las cosas. Pero la Internacional lo defendió por dos razones, a saber: Primera: porque era un movimiento de clase contra la dominación de clase, siendo, por consiguiente, histórico, revolucionario y necesario; y segundo: porque el mezclarnos en la lucha política no queríamos engañar a los trabajadores ni ser mal interpretados por ellos. Volcamos en la obra nuestras mejores energías. Autorizado por la Central Labor Union, que representaba 20.000 trabajadores, dediquéme a organizar y a hacer todo lo que de mí dependiese en pro del movimiento obrero. La Central Labor Union, junto con la Internacional, publica seis periódicos en Chicago: un semanario inglés, dos alemanes, uno bohemio, uno escandinavo y un cotidiano alemán.

Habiendo elegido las organizaciones obreras de los Estados Unidos y Canadá el 1.o de mayo de 1886 para inaugurar el sistema de las ocho horas, yo hice todo lo que estuvo en mi poder para ayudar al movimiento. Temía que surgieran conflictos entre las autoridades, representantes de los empleadores y los trabajadores asalariados, que solamente se representaban a sí mismos. Sabía que los hombres, las mujeres, y los niños desamparados deben sucumbir a la postre a las expulsiones, listas negras y lock outs, y a la consiguiente miseria y hambre, reforzadas por la bayoneta del milico y el palo del policía. No aconsejé el uso de la fuerza. Pero denuncié a los capitalistas que la empleaban para mantener sumisos a los trabajadores, y declaré que esos procedimientos conducirían necesariamente a los trabajadores a emplear los mismos medios en su propia defensa.

Alberto R. PARSONS

Cárcel del condado de Cook, celda, 29 agosto 1886.

BIBLIOGRAFIA

Prof. Dr. Georg Fr. Nicolai: *El sentido de la ciencia* dos conferencias. Un volumen de 38 páginas Ed. A. Trabajadores del Estado, Buenos Aires, 1930.

Se reunen en este folleto dos conferencias del profesor Nicolai, una sobre el valor pedagógico de la ciencia y otra sobre la ciencia y la revolución, densas de pensamiento aunque fácilmente comprensibles por todos los lectores. Ha sido una buena idea la de divulgar esos trabajos populares del sabio rebelde, que reivindica a la ciencia emo un valor moral y no como una mercadería.

Ramón de Cala, *Los Comuneros de París*. Volumen V. Buenos Aires, 1930. Precio del ejemplar 0,50.

Luigi Galleani. *Medaglioni. Figure e figuri*. Biblioteca de "L'Adunata dei refrattari", Newark, N. J. Un volumen de 232 páginas. gr. 8.o Precio: 0,80 centavos de dólar.

La pluma de Galleani, como la de Most, es inimitable e insustituible. Y si a la personalidad literaria se agrega la personalidad moral y revolucionaria, la grandeza resalta y fascina más todavía.

Galleani le dedicaba en "Cronaca Sovversiva" hermosas páginas a reflejar el carácter de los hombres que ha conocido o de sus gestos. Con esos plumazos dispersos en cerca de veinte años, desde "La Questione sociale" a la "Cronaca", se ha formado la compilación de este libro, interesante como fuente de información, por la galanura del estilo vibrante y por su valor propagandista. Una buena idea la de esa reedición.

Federico Urales: *Mi vida*, tomo I. Un vol. de 253 págs. Publicaciones de "La Revista Blanca", Barcelona.

El compañero Urales, con la fecundidad que le es propia, acaba de publicar el primer tomo de sus memorias, que comprenderán tres volúmenes. Después de describirnos su infancia y su ingreso en la propaganda, narra sus impresiones vivientes del proceso de Monjuitch. Hay numerosos detalles interesantes y que se leen con verdadero interés para revivir en la memoria aquellos días trágicos de la represin española, precursores de la acción reivindicadora de Angiolillo.

Escrito con fluidez, el primer volumen de las memorias de Urales deja un amargo sentimiento de dolor ante la figura de los martirizados.

JOHANN MOST

La Vida de un Rebelde

2 TOMOS
350 PAGINAS
cada uno
$ 3.00

La ágil pluma de Rudolf Rocker, nuevamente ha dado un ópimo y bien sazonado fruto, con esta vida de Johann Most...

JOHANN Most fué una personalidad prominente del movimiento libertario internacional; el conocimiento de su actividad no puede hacer sino mucho bien a todos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, desde el punto de vista de la educación y de la orientación de la vida del espíritu.

Pero la lectura del libro de **Rudolf Rocker** sobre **Most**, es algo más que una biografía; es una brillante introducción a la historia del movimiento y del pensamiento revolucionario de Europa y de América. Este libro debe ser puesto en todas las manos y estudiado con atención

EDITORIAL "LA PROTESTA"

Perú 1537 - U.T. 23, B. Orden 0478 - Buenos Aires

EDITORIAL "LA PROTESTA"

LIBROS Y FOLLETOS PUBLICADOS

MAX NETTLAU.—
"Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España" 1886-1873 $ 0.50
Edición especial, papel pluma . . . . " 1.—
Encuadernado en tela . . . . . " 2.50
"Errico Malatesta". — La vida de un anarquista . . . . . " 1.20
Edición especial, papel pluma . . . " 2.—
Encuadernado en tela . . . . . " 3.50
"Fernand Pelloutier y el sindicalismo" " 0.15
"Eliseo Reclus". — La vida de un sabio justo y rebelde. 2 vol. . . . " 3.—

RUDOLF ROCKER.—
"Johann Most, la vida de un rebelde" Prólogo de A. Berkman. 2 vol. . " 3.—
"La maldición del practicismo" . . . " 0.10

RUDENKO.—
"En Ukrania. — La sublevación popular y anarquista". — Trad. del ruso por J. Company . . . . . " 0.15

JAMES GUILLAUME.—
"Miguel Bakunin" (Noticia biográfica) . . . . . " 0.20

MIGUEL BAKUNIN.—
(*Obras Completas*)
I y II "La Revolución Social en Francia". — Tomo 1.° y 2.° — Prólogo de Max Nettlau, el vol. " 1.50
III "Consideraciones filosóficas". — Prólogo de Max Nettlau . . . " 1.50
IV "Dios y el Estado". — Prólogo de Max Nettlau . . . . . " 1.50
V "Estatismo y Anarquía". — Prólogo de Max Nettlau . . . . " 1.50
Los mismos, encuad. en tela . . " 3.50

ERRICO MALATESTA.—
"Anarquía" . . . . . " 0.20
"En el café". — Traducción de D. A. de Santillán. Prólogo de L. Fabbri " 0.30
"En Tiempo de Elecciones" . . . . " 0.10

PEDRO KROPOTKIN.—
"Palabras de un Rebelde" . . . . . " 1.—
"Conferencias. I) El Estado, su rol histórico. — El Estado Moderno" . " 0.50
Encuadernado en tela . . . . . " 1.50
"A los jóvenes" . . . . . " 0.10

LUIGI FABBRI.—
"El Tratado de Letran. — El Concordato papal-fascista contra la libertad". — 64 págs. . . . . " 0.20
"Cartas a una mujer sobre la anarquía" . . . . . " 0.50
Encuadernado en tela . . . . . " 1.50
"Influencias burguesas sobre el anarquismo" . . . . . " 0.20

EDUARDO MILANO.—
"Primer paso hacia la anarquía", 96 páginas . . . . . " 0.20

C. LOMBROSO y R. MELLA.—
"Los anarquistas" (Estudio y réplica) " 1.—

NIDO, ROCKER y NEMO.—
"Nacionalismo y anarquismo" . . . " 0.20

SEBASTIAN FAURE.—
"Mi Comunismo" (La Felicidad Universal) . . . . . " 2.—
Encuadernado en tela . . . . . " 3.50
"Temas Subversivos" . . . . . " 1.50

También se vende en folletos, a 10 centavos cada uno, con los siguientes títulos:
La Falsa Redención. — La Dictadura de la Burguesía. — La Patria de los Ricos. — La Podredumbre Parlamentaria. — La Moral Oficial y... la otra. — La Mujer. — El Niño. — Las Familias Numerosas. — Los Oficios Odiosas. — Las Fuerzas de la Revolución. — La Conmoción Revolucionaria. — La Verdadera Redención.

J. DEJACQUE.—
"El Humanisferio". — Prólogo de Max Nettlau . . . . . " 0.50

WILLIAM MORRIS.—
"Noticias de Ninguna Parte" . . . . " 1.—

J. ELSLANDER.—
"La Escuela Nueva" . . . . . " 1.50

NICOLAI GOGOL.—
"Almas Muertas" (2 tomos) . . . . " 2.—

ELISEO RECLUS.—
"A mi Hermano el Campesino" . . " 0.10
"La Anarquía y la Iglesia" . . . . " 0.10

JUAN CRUSAO.—
"Carta Gaucha", 7.ª edición . . . . " 0.10

D. A. DE SANTILLAN.—
"La Jornada de Seis Horas". — Sobre el Desenvolvimiento Técnico y su Influencia en el Mercado del Trabajo" . . . . . " 0.10

AUGUSTIN SOUCHY.—
"La Ukrania Revolucionaria". (Resultado de un viaje de estudio desde el mes de abril a octubre de 1920) " 0.30

S. RADOWITZKY.—
"La Voz de Mi Conciencia" . . . . " 0.10

V A R I O S.—
"Certamen Internacional de LA PROTESTA". — Un vol. en 4.°, encuadernado en tela . . . . . " 2.—

ANSELMO LORENZO.—
"El Derecho a la Evolución" 0.10

ANA M. MOZZONI.—
"A las Hijas del Pueblo" . . . . . " 0.10

JOHANN MOST.—
"La Peste Religiosa" . . . . . " 0.10

"Studi Sociali" RIVISTA BI-MENSILE DI LIBERO ESAME 0.10
Redazione: LUIGI FABBRI
Amministrazione: G. BERENGUER
En la Argentina

QUINCENARIO ANTIMILITARISTA **"bandera negra"** Dirección. Maza 272, Bs. As.
EL EJEMPLAR: 0.10

0.10 Revista mensual de la A.C.A.T. **"La Continental Obrera"**
Dirección y administración: Bmé. Mitre 3270